Buenos días con todos: directivos, docentes, padres de familia, amigos… y, por supuesto, a mis compañeros y compañeras de promoción.

Esta mañana estamos presentes, con beca, birrete, una mezcla de emoción, nostalgia y un poco de miedo al futuro. Porque hoy soltamos la mano de lo conocido para aventurarnos hacia lo desconocido, culminando una de las etapas más importantes de nuestras vidas. ¿Quién diría que después de tantas tareas, pruebas sorpresa, exposiciones que nos ponía los nervios de punta y desveladas… realmente lo logramos?

Durante el pasar de los años hemos aprendido muchas cosas, desde resolver ecuaciones imposibles hasta sobrevivir al profesor que hablaba más rápido que nuestras neuronas. Aprendimos que la vida no siempre es justa, pero que los amigos de verdad están para sostenerte. Que hay maestros que enseñan más con su ejemplo que con sus palabras. Que equivocarse no es fracasar, sino una forma de avanzar.

Esta graduación es el resultado del esfuerzo de cada uno, pero también de todas las personas que estuvieron a nuestro lado, aquellos que se encargaron de sembrar en nosotros conocimientos y valores que permanecerán siempre.

Por tal motivo, en primer lugar, le agradezco a Dios por brindarnos la vida y permitirnos llegar con salud a este día.

Quiero dar las gracias a nuestros profesores. A veces los criticamos (con cariño, claro), pero sin su paciencia, sus enseñanzas y su fe en nosotros, no estaríamos aquí. Gracias por enseñarnos no solo contenidos, sino también valores, disciplina y responsabilidad… aunque a veces llegábamos tarde y sin la tarea.

A nuestros padres, madres y familias: gracias por el apoyo incondicional, por los “sí puedes”, por esperarnos fuera en la lluvia, por los desayunos rápidos y por no rendirse con nosotros ni siquiera en esas etapas en que pensábamos que sabíamos más que Google.

Y a mis compañeros: gracias por los recuerdos, las risas, los memes compartidos, las bromas internas y hasta por esos momentos de estrés en los que descubrimos que, juntos, siempre salimos adelante. Somos más que una generación. Somos una historia que se escribió en pasillos, salones y recreos.

Hoy no es un punto final, sino una coma en la historia de nuestras vidas. Vamos hacia caminos distintos, pero siempre llevaremos este capítulo en el corazón. Y, por si acaso, que no se nos olvide lo aprendido: que la verdadera nota no está en el boletín, sino en la actitud con la que enfrentamos la vida.

Así que celebremos. ¡Porque sobrevivimos a los lunes, a las tareas eternas, a los trabajos en grupo y, sobre todo, a nosotros mismos!

Gracias, por tanto. ¡Y que empiece el siguiente capítulo!